

# CIUDADANIA E INSERCIÓN PERIFÉRICA



HELENA USECHE ALDANA\*

*"Vivimos en una sociedad que nos hace creer que la emoción se tiene que producir por algo excepcional y no por algo cotidiano. Tienen que ser tan infladas las cosas para producir emoción que lo cotidiano desaparece".*

Juan Carlos PÉrgolis

\* Socióloga. Investigadora CINEP.

# CIUDADANIA E INSERCIÓN PERIFÉRICA

## PRESENTACIÓN



urante la última década en Colombia se ha acentuado el debate sobre la relación Estado-Sociedad a partir de los procesos de descentralización, de las tendencias en pro de la ampliación de la democracia y de la exigen-

cia de una participación ciudadana en la vida política del país, elementos que ganaron un espacio en la Constitución del 91. Este proceso, tendencia de ordenamiento mundial, impulsado desde el pensamiento político oficial y coincidente con algunos sectores de la población, busca estimular la ampliación de los canales y de las redes de comunicación y acción, y no fomentar una ruptura entre estas dos esferas.

La discusión se ha centrado en los conceptos de Sociedad Civil, Participación Ciudadana y Comunidad, y ha tomado como eje las problemáticas locales al considerar la instancia del municipio como el nivel de gobierno más cercano a los pobladores. Sin embargo, la tradición de escepticismo y apatía de grandes sectores de la sociedad sumada a la ausencia de transformaciones, a la cada vez mayor fragmentación de los partidos políticos y a una concepción tradicional de algunos funcionarios del Estado, han dificultado este camino, más aún cuando la violencia prosigue su labor devastadora en todos los niveles de la cotidianidad nacional.

En este contexto el CINEP se planteó desarrollar estudios microanalíticos que, desde la óptica de los pobladores, describieran la concepción y proceso de relación entre ellos, así como la relación entre los pobladores y el Estado. El caso del barrio Santa Rosa de Lima es el primero que se ha realizado en este marco y el presente artículo divulga los resultados parciales de esta fase de la investigación.

El sentido global de este artículo es transmitir algunos aspectos fundamentales del proceso de inserción periférica en Bogotá que han vivido los pobladores del barrio Santa Rosa de Lima desde hace 30 años, cuando decidieron llevar a cabo una invasión en el centro-oriente de la ciudad.

La investigación realizada cumplió una fase de recolección de información primaria, con el propósito de vislumbrar la historia y cotidianidad de las gentes del barrio. En esta dirección se generó un acercamiento con sus habitantes, con el espacio físico del barrio, sus organizaciones y asociaciones y en general, con su entorno; nos adentramos en los hogares y a través de historias de vida, historias de familia y entrevistas logradas a partir de la confianza ganada y la predisposición de sus habitantes a recordar y narrar aspectos vitales de su experiencia. A continuación se implementó una fase de reconstrucción organizada de la problemática expresada en la información; un avance de este trabajo se presenta en este artículo.

Se pretende describir y recrear las formas de convivencia, las redes de relacionamiento interno y los cambios generacionales valorativos que se han ido desarrollando durante las diferentes etapas de formación y consolidación del barrio; así como señalar y demostrar los objetivos, canales y procesos de relación que los habitantes del barrio han asumido con los partidos políticos, la iglesia, las instituciones del Estado y las formas de participación ciudadana que hasta ahora han utilizado.



## CIUDAD VS INSERCIÓN PERIFÉRICA

### Cultura campesina y pobreza en la ciudad

La mayoría de invasores (120 familias) ya se habían asomado al escenario de la ciudad pues habían vivido desde hacía algunos meses en barrios cercanos -también periféricos- y se encontraban en un momento de *expectativa de ubicación física*, tanto así que, sin convocatoria alguna, ni propaganda, ni apoyo de organizaciones o medios masivos de comunicación, percibieron el eco de un lugar para radicarse.

Los primeros habitantes de Santa Rosa eran campesinos que vivían en la ciudad pero de hecho

no eran ciudadanos, menos aún ciudadanos, y tan sólo pretendían ubicarse físicamente. Los invasores no habían salido del campo expulsados por la violencia partidista, como se presupone, sino movidos por el mito de la ciudad en busca de mejores opciones: levantar hijos ciudadanos, vivir con mayores comodidades, huir de un entorno campesino que no les había ofrecido condiciones de satisfacción, romper con un pasado agresivo de los espacios de socialización, la familia... y con la dureza y la rutina del trabajo de la tierra. Eran jóvenes ansiosos de acercarse al mundo que les era desconocido y del cual se hablaba mucho, por ello se atrevieron a "pasar al otro lado de la montaña".

El proceso de construcción del barrio se inició en 1963 por gentes que no poseían bienes materiales ya que únicamente estaban acompañados por un conjunto de valores éticos y morales que les permitieron una actitud de insistencia y férrea voluntad que, empapada por el riesgoso y aventurero espíritu juvenil, les impidió devolverse al campo.

La cultura campesina de estos nuevos habitantes urbanos determinó que el sueño de ubicarse en la ciudad sólo fuera posible en base a mucho esfuerzo, de un gran *trabajo*, sin importar que fuera hasta "romperse el lomo", pues éste era concebido como un fin en sí mismo, como la función única de sus vidas. Este valor, sumado al de la *dignidad*, los condujo a no pedir limosna y a desarrollar redes de contraprestaciones de favores entre ellos, que generaron las primeras bases de la solidaridad.

La *honestidad* era otro de los valores fundamentales que trajeron consigo los nuevos pobladores y que, unido a los anteriores, generó el soporte de su inicial inserción. Claro ejemplo de ello es la convicción que al invadir no estaban "robando" a nadie pues el terreno no pertenecía a ningún propietario al ser una herencia hipotecada, baldía y en proceso de expropiación por la falta de pago de los impuestos: "era un peladero improductivo y feo" y, como nadie pudo demostrar documentalmente que existía

un dueño legal, la invasión nunca constituyó una causa de deshonra.

Aunque en los años 60's Bogotá fue el mayor receptor de migrantes del "boom" de la movilidad y asentamiento urbano, la ciudad carecía de una estructura de planeación y gestión que le hubiera permitido prevenir y solucionar a tiempo las dinámicas de inserción periférica que vivían miles de pobladores en barrios piratas y de invasión que, como el Santa Rosa de Lima, tuvieron que organizarse por cuenta propia definiendo las características y normas que hicieran viable su ubicación.

### **Barrio de invasión, alternativa radical, contundente y traumática de inserción periférica**

El consenso general y los testimonios son elementos suficientes para afirmar que el origen del barrio fue una invasión sin planificación ni predefinición alguna por parte de sus fundadores. La primera Junta de pobladores fue espontánea y se conformó con el propósito de proteger los primeros ranchos. No fueron más de cinco familias las de la idea de invadir el terreno vecino, pero en escasas horas corrió la voz por los barrios aledaños: "todo aquel que necesite un lote y pueda construir la vivienda en menos de 24 horas, puede subir y participar"<sup>1</sup>.

Fue así como a los tres días ya existían alrededor de 20 familias participantes, y en pocas semanas se veía la necesidad de regularizar la entrada de nuevos habitantes.

Otro elemento fundamental que determinó el rápido crecimiento de la invasión fue la relativa cercanía al centro de la ciudad, pues si bien ahora es un trayecto que no lleva más de diez minutos en bus, en aquel entonces significaba por lo menos 45 minutos a pie o media hora en burro. En sectores como San Blas o Bosa, de donde provinieron los más lejanos propietarios y donde se pagaban los más bajos arriendos, el servicio de transporte era

<sup>1</sup> Entrevista No 5. Mujer fundadora.

tan precario que hacia inaccesible un trabajo, así fuese en el mismo sur, como en el barrio Restrepo.

### **Santa Rosa, siempre a punto de derrumbarse**

Las condiciones geomorfológicas del lugar de asentamiento del barrio, lo han clasificado como zona de alto riesgo. Según relatan los primeros pobladores, el terreno donde se encuentra asentado el barrio, originalmente era una colina rocosa y el valle de una pequeña quebrada; la zona era boscosa, había en las cercanías chircales y en invierno la quebrada crecía provocando derrumbes en la parte alta e inundaciones en la parte baja.

Ningún poblador interrogó o conoció que desde los años 30's esta franja oriental de la ciudad, había sido definida por los pocos planificadores y urbanistas, como área de reserva forestal. Sencillamente la geografía fue definiendo la forma del asentamiento: el barrio se dividió en cinco zonas, siendo la zona 1 la colina más alta en donde actualmente existe una placa alusiva al levantamiento de la primera construcción. En ese entonces,

aunque eran evidentes los riesgos de derrumbes y la dificultad para la construcción de las viviendas, ésta era el área de mayor preferencia por no ser inundable.

### **El barrio: Producto del arraigo de valores positivos de socialización**

Si bien al inicio del barrio llegaron gentes con múltiples vivencias e intereses, el proceso de consolidación de la invasión exigió la superposición de valores de sociabilización comunitaria que permitieron resaltar todos los aspectos positivos de trabajo y solidaridad. En este período un alto porcentaje de fundadores no logró mantener las condiciones que se explicitaron en el reglamento de asociación por el alto contenido de exigencias éticas que lo definían. Así se impidió que los aspectos negativos tales como el lucro económico de los terrenos, la posesión individual ilimitada, la ausencia de participación comunitaria en las tareas colectivas, la falta de solidaridad ante las tragedias o emergencias y, en general todas las situaciones conflictivas, disolvieran el propósito principal.



La consolidación de la población del barrio se generó en un proceso no siempre ascendente, pues se presentaron épocas de crisis, fundamentalmente en las primeras etapas, por la inestabilidad de familias que iban y venían.

La deserción fue propiciada tanto por decisiones particulares de los invasores al no adaptarse a las difíciles condiciones de vida, como por la expulsión decidida en consenso general de la asamblea por incumplimiento del reglamento. Las normas comunitarias determinaron que a los conflictos menores se les tratara de dar un carácter secundario para evitar sanciones mayores.

La definición del grupo determinó un conjunto de valores individuales de relacionamiento al estar mediados siempre por la sanción social o la exclusión física del barrio.

Una de las condiciones para adjudicar el lote era la de tener familia con hijos, lo que ocasionaba el predominio de los hogares jóvenes donde los hijos mayores no superaban los diez años, lo que determinó la ausencia de muchachos, compensada por la abundancia de niños. Se notaba la ausencia de personas mayores o ancianas, pues la mayoría de padres de los invasores se habían quedado en los lugares o pueblos de origen o habían roto las relaciones con sus familias.

### **Una relación que parte del desconocimiento mutuo**

Los pobladores de Santa Rosa y la Ciudad, son dos conjuntos de actores que se desconocen mutuamente y por lo tanto los niveles de relacionamiento son muy difíciles y casi inexistentes; cada uno lleva su propia dinámica, tiene sus propios intereses y trabaja por ellos.

La ciudad de los 60's presentaba una dinámica mucho más rápida que la de los pobladores de Santa Rosa. Esta actitud frente a los ritmos y tiempos constituyó una defensa que les permitió mantener la esperanza de insertarse plenamente en la ciudad. Treinta años después continúan esperando la titulación de sus terrenos.

Si bien este grupo se movilizó "por el encanto utópico de la ciudad", aprender a comprenderla y manejarla ha sido un proceso de asimilación lenta en la medida en que ha ido descubriendo la ciudad y ésta los ha ido reconociendo.

La ciudad no es un actor homogéneo que se comporte coordinadamente y de común acuerdo frente a la diversidad de situaciones, pues es un conjunto de actores que para el poblador se manifiestan en sus elementos institucionales y en su marco legal. Sin embargo, desde el inicio reconocen que la ciudad contiene expresiones anárquicas, ilegales y delincuenciales entre las que deben esforzarse por sobrevivir. En esta dimensión la invasión de Santa Rosa no atentaba plenamente al "orden establecido" ya que existían en la época conflictos de mayor envergadura como la amenaza política de las invasiones comunistas que, al cuestionar la *legitimidad del gobierno*, exigía una mayor atención de las autoridades.

La capital actuaba excluyéndolos de sus beneficios sin rechazarlos violentamente pero sí determinándoles *espacios específicos marginales* para habitar, tanto a nivel de la vivienda como del trabajo, siendo estas las dos esferas prioritarias de su existencia. Los vecinos del Santa Rosa se autoexcluyeron de las diversiones, disfrute del paisaje urbano, la recreación y del ocio, actividades que no encajaban en su concepción campesina, ligada al mundo del trabajo. Por esta vía se fortaleció y reprodujo la vida cerrada de la aldea.

El barrio era invisible para la ciudad y sus habitantes anónimos, por lo tanto, siempre y cuando no trasgredieran el lugar que el ordenamiento caótico les había asignado, era posible una convivencia sin mayores conflictos.

Solo los bogotanos más pobres entraron en relación directa con los habitantes del barrio Santa Rosa principalmente por la afinidad laboral en las plazas de mercado y en la construcción, o por la cercanía a los barrios tradicionales como Egipto y Las Cruces de donde algunos pocos se trasladaron a vivir al nuevo barrio sin entrar en contradicción con los invasores.



## **BARRIO DE URBANIZACIÓN ALUVIONAL -CONSTRUCCIÓN DE UNA NUEVA IDENTIDAD DE INSERCIÓN PERIFÉRICA**

En las primeras épocas del barrio no existió predominio fuerte de un grupo de pobladores de procedencia común pues eran originarios de diversas regiones y municipios del país y los lazos de amistad o parentesco solo se expresaron después de un período de convivencia.

En contradicción con los criterios tradicionales acerca de los modos de inclusión formal a la vida de la ciudad, el principal elemento de integración lo constituyó el reglamento de derecho a posesión construido en base a: no ser dueño de vivienda, tener responsabilidad e hijos y ser pobres; es decir, se ganaba la pertenencia al barrio de forma contraria a los criterios necesarios para incluirse formalmente en la ciudad. Los motivos por los cuales la ciudad los excluía eran pues precisamente los mismos que les daban la opción de integrarse a Santa Rosa de Lima.

El reglamento fue la principal arma de unión y de poder que aglutinó única y exclusivamente a los pobres para mantener su dominio territorial en este barrio.

Santa Rosa de Lima se constituyó a partir del sentimiento comunitario de sobrevivencia que tejía relaciones mutuas de dependencia y solidaridad basadas en la reciprocidad. Esta realidad permitió no solo afianzar el espacio físico del barrio, sino fundamentalmente consolidar un espacio social y humano en

donde se protegían por el reconocimiento colectivo y se rechazaban aplicando la sanción social.

El barrio en su primera década (63-72) funcionó regido por una normatividad comunitaria y en algunos aspectos societaria, sustentada en criterios de pluralidad cerrada para constituir un "nosotros" que permitió generar fácilmente consensos y autorregulaciones. Se actuaba de manera defensiva frente a la ciudad y se resolvía la problemática interna creando jerarquías con poder de decisión que regulaban tanto la vida pública del barrio como la vida privada de sus moradores.

El "nosotros" se construyó para protegerse, en primer lugar, de un potencial desalojo, que sus actores objetivaban en las autoridades locales, y en el fantasma del propietario legal que los desveló durante un buen período.

Aunque, durante la discusión generada en el Distrito al principio de los 70's que provocó la planeación y construcción de la Avenida de los Cerros (hoy Circunvalar), fueron muchos los habitantes del barrio que, atemorizados por un posible desalojo, participaron en manifestaciones gritando: "¡Abajo los Cerros!", hoy son muy pocos los que narran la ex-



perencia o, los que recuerdan las intervenciones, básicamente de estudiantes universitarios y militantes de izquierda, que se acercaron al barrio para instruirlos y prevenirlos sobre las consecuencias de la construcción de dicha avenida. Sin embargo nunca llegaron a contextualizar la situación, ni siquiera se ha analizado el problema de su posesión como un acto de reivindicación política de los pobres: sencillamente se conforman con la consideración de haber sido afortunados pues no fueron desalojados de los predios ocupados, a pesar de las amenazas del propietario legal.

En segundo lugar, los pobladores pretendieron enfrentar con el "nosotros" las embestidas de la pobreza que, si bien era su condición inmanente, jamás dejó de ser un enemigo persistente, permanente y continuo, lo que llevaba a que las obras comunitarias y los actos de solidaridad buscaran fundamentalmente la subsistencia colectiva.

Los liderazgos se ganaban a partir del comprobado servicio que se hubiera dado a la comunidad; el barrio se comportó como una estructura cerrada cuya autoridad dependía del bien común. La participación colectiva se expresaba en la construcción de obras, la vigilancia, el mejoramiento de las viviendas familiares y en una democracia electoral que se aplicaba para el nombramiento de los directivos de la Junta, quienes actuaban con un alto grado de autonomía y autoritarismo, recibiendo a cambio respeto y reconocimiento de los demás habitantes.

Si bien viven en un sector central de la ciudad, su pertenencia real a la gran urbe es mínima; casi no se benefician de sus bondades y mantienen una vida muy al interior de su entorno. Los jóvenes que han ido ganando terreno en el manejo del perímetro urbano, mantienen rutas demarcadas que los conducen a sitios específicos, autoexcluyéndose de otros espacios donde consideran que no tienen opción de integración.

Aunque no hayan vivido directamente el rechazo de los protagonistas de estos lugares, los medios de comunicación masiva se han encargado de "avisarles" que son vedados por sus condiciones. Los habitantes de Santa Rosa son conscientes

de que la ciudad formal los considera "malos ciudadanos", que se les inculpa de muchos de los problemas de violencia, inseguridad, suciedad y transgresión de normas. Al mismo tiempo, consideran que desde la ciudad nadie se ha acercado a ellos, para generar elementos de cohesión e integrarlos.

En síntesis, la urbanización aluvional determinó la construcción de nuevas formas de identidad y pertenencia que produjeron transformaciones en los espacios básicos de socialización tales como la familia y el vecindario, demarcados por la expresión de solidaridades primarias. Se puede aducir que el barrio jugó el papel de aldea que los protegía de la ciudad e intentó mantener una vida independiente. Para los pobladores, el trabajo los conectó con otros espacios geográficos y sociales pero no los integró a ellos. La ciudadanía, en el sentido de pertenencia urbana, no fue asimilada y por lo tanto solidaridades secundarias que por esta vía se hubieran podido lograr no fueron demandadas ni ofrecidas.



#### **INSERCIÓN PERIFÉRICA A LA CIUDAD: PROCESO COMPLICADO, LENTO, ZIGZAGUEANTE Y APARENTEMENTE INALCANZABLE**

El haberse insertado periféricamente los estigmatizó. La ciudad fue generando nuevas necesidades que estos sectores tradicionalmente no han podido satisfacer: mientras la ciudad impone el celular ellos se encuentran accediendo al teléfono domiciliario, mientras la informática se impone en la educación ellos se encuentran pasando las horas en tejidos, carpintería y, los más avanzados, en mecanografía. La exclusión de los beneficios de la modernidad se acentúa cada vez más y, aunque estos inmigrantes consideran que ha sido un gran logro su existencia urbana, sus hijos ya han encontrado algunos desencantos de la vida en la metrópoli. Así, de generación en generación, se acentúa



la "dimensión negativa de inhospitalidad, conflicto, desplazamiento e imposibilidad de echar raíces..."<sup>2</sup>

A pesar de haber sido asumido el proceso de inserción del barrio a la ciudad como exitoso por las primeras generaciones, los hechos demuestran que fue más bien la creación de un espejismo que los invasores construyeron para sustentar la utopía cumplida. El barrio no se integró realmente a la ciudad, en primer lugar, porque quienes lo levantaron, no pretendieron nunca hacer un barrio para hacer parte de la ciudad sino más bien lo habían concebido como un espacio autónomo que, aprovechando su proximidad con la ciudad, pudiera beneficiarse de los servicios que ésta prestaba.

El resultado desde esta perspectiva fue el que tenía que ser: un cúmulo de viviendas organizadas a partir de las características del terreno, sin una concepción urbanística del espacio público, donde no existe una correspondencia del uso de símbolos que los homologue a la globalidad de la urbe, donde predominan las relaciones asociativas primarias sin conocer que la ciudad moderna se sostiene sobre redes de conexión tecnológico-científicas y de bienestar colectivo.

En segundo lugar, la ciudad no los incorporó realmente sino que les permitió la subsistencia con base en condiciones mínimas garantizadas para evitar que el barrio incidiera negativamente sobre ésta. Es decir, no se pensó en integrarlos cultural, social ni políticamente, sino, por el contrario, se buscó mantenerlos en condiciones de exclusión para impedir mayores efectos lesivos a su trama de poderes, identidades y espacios.

Por medio de un proceso arduo, hecho lento por la burocracia, el barrio se fue dotando de los servicios básicos legalizados: aunque el agua fue la prioridad, sólo hasta 1974 la EAAB instaló las redes; sin embargo, muchos pobladores continuaron utilizando el agua de "contrabando" para no tener que pagar el servicio.

El proceso de legalización domiciliaria del servicio de energía eléctrica fue más lento, pues si bien desde el 75<sup>o</sup> se había logrado pasar del "contrabando" a la suscripción a la EEEB, el pago se realizó en base

a la lectura de un contador único del barrio hasta que en 1985 se instalaron los contadores domiciliarios.

En este mismo año cambió la comunicación telefónica: los teléfonos públicos sustituyeron al inicial teléfono comunitario que consistía en un receptor de llamadas instalado en la sede de la Acción Comunal encargado de recibir las razones y transmitir las al interesado, -y de paso a todo el barrio-, ya fuera por medio del megáfono, a gritos o enviando a un "chino".

La instalación de estos servicios básicos no fue nada fácil pues la ausencia de escrituras, las características del terreno y, en general, la pobreza de sus habitantes, determinaron múltiples obstáculos, motivo por el cual los entrevistados la aducen siempre a un favor político: "Para la luz nos ayudó el Doctor Telesforo Pedraza. El que subió la red del acueducto fue Carlos Albán Holguín...".

En tercer lugar, a pesar que cada día se habla más de participación y de integración, los pobladores definen estos principios como derechos de papel, muy distantes de la realidad, obtenidos en la Constitución y en el Plan de Bogotá. El nivel de preocupación e interés por estas nuevas propuestas es mínimo y solamente un pequeño grupo de líderes se moviliza en esta dirección; la gran mayoría está absolutamente desinformada y escéptica sobre un cambio de condiciones a corto plazo.



## RUPTURAS E IDENTIDADES INTER-GENERACIONALES Y DE GÉNERO

En este artículo, el concepto de generación significa el conjunto de personas de edades próximas donde se generan actitudes similares frente a una situación histórica, en este caso social, que transcurre e impacta a todos los pobladores.

Los cambios en las formas de sociabilidad, en las particularidades de inserción a la ciudad y a la sociedad mayor, no implican necesariamente que las



generaciones se comporten de manera uniforme ya que al interior de ellas, dependiendo de factores culturales, socioeconómicos y otros, pueden presentarse divisiones, antagonismos y confrontaciones.

En el barrio se identifican tres cortes generacionales; la generación de mayores, pioneros y protagonistas de la invasión, que ahora tienen entre cincuenta y sesenta y cinco años en promedio; la segunda, que oscila entre veinticinco y cuarenta años en promedio; la tercera, los jóvenes entre doce y veinticinco años.

*"Tenía este Marcovaldo un ojo poco adecuado a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por estudiados que estuvieran para atraer la atención, jamás detenían su mirada que parecía vagar por las arenas del desierto".*

*Italo Calvino MARCOVALDO.*

La *primera generación* definió claramente su objetivo a partir del sueño de un ideal doméstico sublimado (levantar una casa y construir un barrio), que les permitió colocar escudos de protección, subestimando así la exclusión que la metrópoli les proporcionaba. Su actitud siempre fue benévola con la ciudad desconocida, afectivamente la querían y deseaban, por lo que toda su intención fue apropiarse de un pedacito cerca de ésta, sin importar el reconocimiento de la urbe hacia ellos.

El *liderazgo* fue exclusivamente masculino y se concentraron todos los esfuerzos organizativos en la asociación de vecinos que, en 1972, fue denominada y legalizada como Junta de Acción Comunal. Esta organización hasta el momento ha sido dirigida por la primera generación y se ha caracterizado por canalizar los auxilios clientelistas, fundamentales para la articulación del barrio con la sociedad mayor. Es la única organización que asume globalmente los intereses del barrio tales como la consecución de servicios básicos, de bienestar colectivo y de mejoras físicas.

Los "viejos" gozan de respeto y asumen la vejez con la satisfacción "del deber cumplido" pues no sólo han ascendido socialmente al ser propietarios de sus viviendas, sino también al asumir la paternidad del barrio. Sin embargo, ven con preocupación y se conducen de los nuevos sucesos que se viven en el barrio y de los cuales sus hijos y nietos son protagonistas: la violencia, el desempleo y el desencanto los cuestionan sobre el devenir de sus familias.

Las familias de las que provenían los habitantes del barrio, se caracterizaron por desarticularse tempranamente al propiciar la exclusión de sus miembros siendo aún muy niños. El llegar a Santa Rosa y relacionarse colectivamente entre familias, determinó que ésta fuera considerada la unidad social básica de inclusión a la comunidad barrial. Se produjo una revaloración ética de la familia expresada en el sentimiento de responsabilidad que la protege y la consolida.

Esta nueva unidad familiar cambió las pautas internas y las relaciones de sociabilidad; los habitantes captaron los nuevos desafíos de la convivencia urbana y se esforzaron por responder a las necesidades de educación y de salud que imponía la ciudad a sus hijos. La transición del hijo ayudante en las faenas de trabajo, maltratado físicamente y analfabeta, que no supera nunca al padre y obedece sin protestar su autoritarismo se cuestiona sistemática y contradictoriamente. Aunque se defendió el derecho filial a la educación como la única alternativa de mejoramiento de las condiciones de inserción laboral y social, paralelamente los niños y jóvenes eran obligados a colaborar en el trabajo, reprimidos verbal y físicamente y la figura de los padres debía ser respetada y admirada.

Estos pobladores habían trasegado la ciudad como nómadas urbanos, por tanto carecían de la experiencia del ser vecino y de la comunidad barrial, del presupuesto de levantar sus viviendas, criar a sus hijos y pasar hasta sus años de vejez en ese lugar. Esto determinó asumir el *vecindario* como "relaciones co-

<sup>2</sup> Zarone Giuseppe. *Metafísica de la ciudad*. Pre-textos, Universidad de Murcia. 1993



tidianas de vida", lo que sumado a las precarias condiciones fomentó lazos de cohesión, reforzados posteriormente con la amistad, el compadrazgo, las familias políticas y, a medida que el barrio se fue ampliando, con la llegada de sus familiares y paisanos. Estos factores contribuyeron a consolidar las redes de solidaridad y ayuda mutua que a su vez produjeron efectos directos en la generación que se estaba levantando.

La relación de vecindad prevaleció sobre el lazo de amistad y acentuó el sentido de pertenencia al barrio que se cimentó en el reconocimiento respetuoso del otro. De hecho, los pobladores son amigos pero la identificación de la relación se establece y se mantiene en base a la vecindad. El trato cotidiano de "Señora, Señor o Don" así lo demuestra, reafirmando así las pautas de respeto y los límites entre lo público y privado.

Este grupo se caracteriza por haber trabajado hombro a hombro y en las mismas actividades tanto hombres como mujeres, pero existió una marcada discriminación de la mujer en las actividades colectivas de decisión. Su presencia en las directivas de la JAC fue mínima y secundaria, solo a partir de los años 80's algunas mujeres de esta generación conformaron el Comité de Artesanas. El liderazgo femenino se percibe básicamente en la preparación de festividades religiosas y bazares comunitarios; en la vida familiar, el comportamiento agresivo y violento de los hombres frente a las mujeres se manifestó acentuadamente, tanto así que fue objeto de reglamentación y sanción social por parte de la organización barrial.

Los invasores eran todos católicos y la reafirmación de este sentido de pertenencia se expresaba invitando al párroco más cercano a oficiar los servicios religiosos; pero nunca se generó una petición formal ni interés alguno por parte de la Curia por levantar una parroquia. Su inserción a la iglesia católica mantuvo las características de periférica.

*"Yo comencé a mirar más allá de las narices cuando entré al jardín, a relacionarme con más gente, a conocer otros lugares... a mí me daba miedo perderme en la ciudad y hablar en una reunión, el primer sueldito que gané lo invertí en ropita para los pelaos y yo me compré unas ollas..."*

*Madre comunitaria del barrio.*

La segunda generación, a pesar de sentir agradecimiento hacia sus padres por el arrojito de conquistar la ciudad, no logró construir una utopía colectiva. Aunque pretendió sacar la organización del marco barrial y ligarla a utopías revolucionarias universales propias de su época, la experiencia de este grupo juvenil se presentó durante un corto período y no consiguió fortalecer liderazgos propios en el barrio, que convocaran y dieran continuidad a un proceso.

La efímera existencia de este proceso se debe, en gran parte, a que los jóvenes que pretendían desarrollarlo, no encajaban entre los parámetros intelectuales, retóricos y carismáticos que caracterizaban el estilo del nuevo líder, pues habían tenido que desertar tempranamente del colegio, para satisfacer, por medio del trabajo, las apremiantes necesidades económicas, dejando así relegada, la opción organizativa.

Al no existir una utopía colectiva que permaneciera o sublimizara los otros aspectos de su relacionamiento social, se optó por la utopía individual: terminar el bachillerato, conseguir trabajo, sacar adelante la familia... presentándose un sentimiento de incertidumbre y en muchos casos de fracaso.

La concepción comunitaria de esta generación se expresó en la conformación de organizaciones de bien común a nivel barrial: la Asociación de Artesanas, creada en 1972, en la que madres e hijas se organizaron, incluyó al elemento trabajo y la remuneración monetaria; la organización del jardín infantil, fundada en 1986, donde predominaba el interés por generar espacios más armónicos para la niñez, y el propiciar un servicio colectivo sin pensar en la remuneración. Estas dos vertientes tomaron como centro físico de su actividad el barrio, predominando el bien común para el "nosotros".

Estas organizaciones han perdurado, a pesar de haber vivido ciclos de auge y crisis y el relevo de sus líderes originarios. Esta generación recibió la herencia de la importancia del trabajo colectivo y siempre estuvo acostumbrada a trabajar para obtener resultados de bien común sin descuidar el ámbito de sus aspiraciones individuales.

Este hecho se explica por la inminente necesidad de retomar el trabajo comunitario que los hombres habían abandonado al salir a conquistar otros espacios laborales en la ciudad (marmolería, construcción, ventas), donde centraron su actividad social y buscaron una mejor inserción urbana, sin lograr jugar allí un papel de liderazgo, pues pertenecían a los niveles más bajos y menos reconocidos de estos circuitos.

Las mujeres ocuparon este espacio organizativo buscando la realización de sus propios intereses, sin proyectarse a una esfera política, léase Junta de Acción Comunal, partidos, que era considerada la única vía decisiva para conectarse a la sociedad mayor. Su relación se dio, en cambio, a través de entidades como Bienestar Familiar y Artesanías de Colombia, en las que predominaba un interés, más que formativo, de carácter asistencial.

*La amistad.* Esta modalidad de relación basada en la complicidad, la compinchería, la actitud lúdica, juguetona, "mamagallista", de competencia, de tensiones y conflictos se expresa abiertamente en la afectividad que se vive en el barrio Santa Rosa; primordialmente a partir de la segunda generación, es decir, entre los niños que compartieron juegos, primeras letras y amores, entre quienes se contaron sus tristezas, soñaron y vislumbraron su pertenencia a la ciudad ampliando su acción del perímetro del barrio hasta llegar a actuar en nuevos escenarios de la capital.

Esta generación no logró niveles significativos de ascenso social. En algunos casos se dio una incorporación a circuitos laborales más complejos, pero con la inestabilidad de mantener estos logros; los rangos superiores de inserción fueron -y son- oficios de muy bajo nivel, en empresas formales, obreros y empleados de servicios; la mayoría aún

permanece en la informalidad y en algunos casos se ha descendido al desempleo.


La movilidad social no se percibe básicamente porque se mantiene la pobreza cultural que les impide acceder a formas de conocimiento especializado y a las ventajas relativas que puede ofrecer la ciudad.

En este barrio, los jóvenes de la década de los 70's, en su contravía cultural, realmente nunca se apropiaron de los hitos y símbolos de su generación urbana: el auge del hippismo, el lema de paz y amor libre, las organizaciones de izquierda y revolución.

*Entre la primera y la segunda generación no se presentó una ruptura conflictiva*, los lazos de afectividad, la solidez y la disciplina de la estructura familiar, donde el respeto y el apoyo marcaron todas las acciones, determinaron una aparente continuidad y mutuo reconocimiento. El elemento de mayor conflicto fue motivado por los noviazgos de las jóvenes, los embarazos pre-matrimoniales que generalmente terminaban en uniones poco aceptadas por los padres, pues tanto unos como otros pretendían que sus hijos escalaran socialmente con el matrimonio; sin embargo, terminaban junto a unos iguales a ellos ya que, en últimas, eran los que conocían y compartían el entorno. Finalmente las asperezas inter-generacionales se iban limando con el paso del tiempo.

Entre las dos generaciones se presentaron múltiples afinidades y reciprocidades. El trabajo conjunto entre padre e hijo en oficios como la construcción, madre e hija en oficios domésticos y artesanales, crearon unos fuertes vínculos de compañerismo que, a pesar de los años y del cambio de actividades, se mantienen como hechos comunes donde abundan las anécdotas y los recuerdos. La reciprocidad en la sobrevivencia cotidiana y doméstica que se refleja fundamentalmente en el cuidado que hacen los abuelos de los nietos, el compartir y buscar el ahorro en los gastos básicos del hogar, el disfrutar de los rituales familiares (bautizos, primeras comuniones, navidad...), hacen permanente y dinámico el vínculo fraternal dando a la familia una prioridad en su vida social.

En general, las dos generaciones se afianzaron en valores similares, profundizándose la responsabilidad familiar y el trabajo. El sentimiento de perte-



nencia al barrio se mantuvo, y con él la identidad colectiva de ser de Santa Rosa de Lima. El barrio, ya con servicios, casas de materiales duraderos, parque, centro de salud, jardín infantil... les ofrecía múltiples ventajas económicas y sociales que dignificaban su existencia.

*"Hombres y mujeres, pero sobre todo los jóvenes, perciben que muchas preguntas propias de los ciudadanos - a dónde pertenezco y qué derechos me da, cómo puedo informarme, quién representa mis intereses- se contestan más en el consumo privado de bienes y de los medios masivos que en las reglas abstractas de la democracia o en la participación colectiva en partidos y sindicatos desacreditados."*

N. García Canclini.

La tercera generación nació a mediados de los 70's cuando el barrio había superado la etapa de construcción de viviendas y adecuación de servicios básicos.

Santa Rosa no presenta mayores variaciones en su entorno físico e infraestructura desde esa época. Los muchachos no tuvieron nada que ver con la gesta que hoy narran sus abuelos y padres como la hazaña de la conquista de la ciudad, que les otorga un aura heroica y feliz.

Desde que tienen uso de razón no ha habido sucesos al interior del barrio que les hayan impresionado positivamente. Es más, desde mediados de los 80's el barrio vivió el primer ciclo de violencia indiscriminada que los afectó y los colocó en el nivel de posibles víctimas, creándoles una actitud defensiva, y tomando conciencia a través de la vía más excluyente -el asesinato- de la actitud que pobladores y autoridades de la ciudad tienen frente a ellos.

Otro factor que ha determinado el cambio e inversión de valores está dado por la mayor incidencia que ha jugado la ciudad como globalidad en su proceso de crianza y socialización, pues se han integrado socialmente a procesos culturales de consumo desde los eslabones más deprimidos de la ciudad; es la generación de la televisión, de una alta

valoración al consumismo que interpretó que el ser no solamente vive para trabajar.

La familia perdió poder de cohesión y se desarticuló, los valores tradicionales fueron suplantados por la prioridad del goce, el enriquecimiento rápido y sin mayor esfuerzo se constituye en la nueva utopía, que a la vez se confronta con niveles fuertes de carencias en lo que empieza a ser vital para la sociedad: el derecho a la intimidad, el ocio creativo, las libertades individuales, el respeto al otro...

Estos jóvenes han tenido que vivir una de las crisis más fuertes del país, que, por su multicausalidad y difusión masiva, ha producido desencanto y no permite la construcción de utopías al futuro. No creen en la autoridad ni en la justicia, asumen a las instituciones como la personificación de la corrupción, el hurto, el enriquecimiento personal y levantan un imaginario donde los intereses personales y de grupo (roscas) predominan ante el bien común.

La iglesia y la religión se ven como parte de un sistema que les impide ascender. Para la mayoría, la educación no se justifica como un elemento para mejorar sus condiciones, es decir, les sirve para poco o nada y la critican con un buen número de razones. En general, el estudio es asumido por la imposición de los padres, por el placer que otorga el distanciamiento de la casa. Buscan por todos los medios el cumplir lo más rápidamente la etapa de estudiantes y se encuentran con la imposibilidad de opciones intermedias entre el analfabetismo y el profesional, son contados los que acceden a los estudios superiores y pocos los que logran continuar en centros de capacitación, que no siempre son garantías para un posterior empleo.

Desde que nacieron están cansados de ser pobres y les horroriza pensar en un futuro de limitaciones, son susceptibles o vulnerables a apropiarse de las formas más deterioradas (vicios) que contiene la sociedad de hoy. Así mismo son propensos a desarrollar grados elevados de aislamiento, inclusive en el interior de espacios básicos como la familia. El colegio y/o el trabajo son los lugares más placenteros socialmente y fortalecen las relaciones entre pares generacionales.

El trato familiar y social dado a los jóvenes tiene particularidades de acuerdo al género, a las mujeres se les exige permanencia al interior de los hogares mientras se considera que los hombres son de la calle. Esto último permite a los muchachos fomentar nuevos espacios, propicios para suplir las carencias de intimidad que se originan en el hacinamiento habitacional.

Las mujeres muy jóvenes juzgan a sus pares masculinos como vagos, groseros y atarvanes, aunque más tarde es con ellos con quienes experimentan el amor. Por tal motivo, muchas tienen que abandonar su casa paterna para iniciar su ciclo de maternidad y de múltiples dependencias, tanto laborales como de subsistencia.

La ciudadanía es entendida como el sentido de pertenencia nacional que reconoce el Estado a los mayores de edad, y que se materializa con la cédula de ciudadanía. Esta condición se utiliza para participar electoralmente, actividad que según las entrevistas, ejercen minorías; también, para acceder a servicios sociales como acudir al centro de salud, matricular sus hijos en un colegio y otras actividades como cobrar un cheque o ingresar a un edificio.

A través del tiempo no se ha asumido el ser ciudadano en la concepción de pertenencia a la ciudad, demostrando así el débil sentimiento de apropiación de su condición de habitantes urbanos. No se identifican con los anuncios y mensajes que durante la década de los 90's, han aparecido en los medios de comunicación y difusión: "La ciudad es para todos" o "Bogotá es de todos".

Los jóvenes expresan un sentimiento de rechazo casi ofensivo, pues son los más conscientes de la discriminación que soportan, pues después de 30 años de posesión física, son aún considerados pobladores periféricos.

Esta generación evidencia que no va a ascender socialmente de forma individual, pues conside-

ran este proceso algo colectivo y familiar; por lo tanto su aspiración es lograr un mayor poder adquisitivo que les permita atender las necesidades que la ciudad les impone.

No idealizan a Santa Rosa, aunque son conscientes que allí o en barrios semejantes es donde se sienten bien y no "como mosco en leche".

La violencia y la ilegalidad del barrio, los coloca bajo una opción real de empeorar su situación, objetivan la selección laboral que hace la ciudad y saben que en este proceso ellos no son tenidos en cuenta, lo peor que les puede pasar es perder la vida violentamente. Esta es la generación que más se acerca a la concepción urbana y por lo tanto

reflexiona sobre la ciudad, sin embargo, en la construcción de identidades tiene gran connotación negativa el ser colombiano en la esfera mundial, el ser bogotano en el plano nacional, el y ser de Santa Rosa de Lima en el concierto de la ciudad.

Su relación con el Estado, que sería la expresión más clara de inserción con la sociedad mayor, no la comprenden, su existencia aparece siempre asociada a la política y ésta al ser

considerada como perversa, genera un sentimiento de rechazo a los partidos políticos, por lo que principalmente son abstencionistas electorales, o en menor grado apoyan candidaturas no enraizadas con el pasado político del país.

Las organizaciones de jóvenes son coyunturales, pequeñas, móviles y dinámicas, se constituyen y se desarticulan fácilmente, son informales, antijerárquicas y están movidas por intereses conjuntos fundamentalmente de carácter lúdico.

En el barrio se han conformado pequeñas pandillas asociadas al vandalismo, paso previo a la pertenencia de organizaciones delictivas. Se puede reconocer que algunos muchachos de allí se organizan en "bandolas" consolidadas, con jóvenes de otros barrios vecinos, lo que indica que la actividad de-

*El barrio, ya con servicios, casas de materiales duraderos, parque, centro de salud, jardín infantil... les ofrecía múltiples ventajas económicas y sociales que dignificaban su existencia.*

lincuencial es a la vez una forma de ampliación de los espacios de socialización. Es frecuente encontrar como causa del ciclo de violencia, el sentimiento de venganza que por acciones de ofensa da paso a la retaliación.

*La ruptura de la tercera generación con la generación de sus padres* está determinada básicamente por dos puntos:

- El conflicto interno de los padres sobre las pautas formativas y de crianza, la inseguridad sobre cuál era la mejor fórmula para levantar a sus hijos, pues -los padres- son conscientes que a ellos los criaron desde unos criterios rurales, cuestionan el desequilibrio social de la gran ciudad y se sienten impotentes por no brindar a sus hijos lo que ellos ya intuían como básico en la formación para vivir en la ciudad (cultura, educación especializada, recreación y acceso a otros espacios de la ciudad). A la vez creen compensar lo anterior abandonando el autoritarismo y asumiendo niveles de complacencia.

- La dinámica de la ciudad empujó a los jóvenes a adaptarse a su compleja y diversa vida, donde a cada momento se marcan transformaciones por la multiplicidad de actores que la determinan; los jóvenes tratan de responder a este ritmo en su afán de lograr mejores condiciones de inserción, produciéndose por esta causa un distanciamiento con sus padres. Aparentemente, esto es una ventaja en lo concerniente a la apropiación de la ciudad pero cuyos resultados negativos comienzan a verse, el romper con los vínculos primarios de sociabilidad, de seguridad y de pertenencia para enfrentar otros que están definidos por pautas antagónicas a los de la vida inicial del barrio.

De hecho, la ciudad y el barrio mantienen ritmos diferentes y opuestos para los jóvenes, mientras en la ciudad sucede todo, en Santa Rosa no sucede nada, el interés de los muchachos no está dentro del escaso abanico de opciones que presenta Santa Rosa; sin embargo, pasan en el barrio la mayor parte del tiempo pero renegando de las condiciones, del vecindario y en general de su mala suerte. Toda su inconformidad la descargan en actos vandálicos contra el precario amoblamiento pú-

blico y en ofender a aquellos vecinos o familiares que rechazan y critican su comportamiento.

*Ruptura entre los jóvenes y la primera generación.* En treinta años de relación con la ciudad se han producido muchas transformaciones que han determinado el antagonismo de valores, son dos generaciones que no tienen diálogo, responden a símbolos e imaginarios diversos, obviamente la relación de estas dos tiende al conflicto abierto, cada uno de ellos se burla de los ideales del otro y esto conduce a una subvaloración y desarticulación en el interior del barrio.

Los viejos aceptan que la vida en la ciudad demanda una actitud de búsqueda, ingenio y gran actividad, consideran que sus nietos o hijos jóvenes han "echado en saco roto" las enseñanzas, ejemplos y principios que ellos pregonan por dignificar la existencia así sea en la pobreza. Es difícil concebir que han cambiado las necesidades, pues si bien antes era suficiente el pan, el techo y el trabajo, ahora son múltiples las expectativas que la nueva generación se plantea. Para ésta, no importan los medios si es posible conseguir el objetivo, pues carece de modelos éticos y valorativos, y no se reconoce en las figuras que ellos evocan y quieren emular. Se producen así los antivalores precisamente porque ellos no quieren parecerse a sus abuelos, pues los consideran conformistas e ignorantes de los tiempos modernos.

